

POLITICA

EN DEFENSA DE LA MINORIA JUDIA EN LA UNION SOVIETICA

Llegó a su fin una nueva jornada de estudio sobre la situación de la minoría judía en la Unión Soviética, pero no ha terminado el dolor de esa minoría en la Unión Soviética.

Las conferencias de estudio sobre el grave asunto mencionado tienen un gran sentido que pone de manifiesto la existencia de permanentes valores en estas tierras americanas. En efecto, surge la solidaridad, como uno de los más nobles sentimientos humanos, para con el que padece; se olvidan y superan fronteras; se hace abstracción de diferencias políticas, ideológicas y religiosas; no se toman en consideración asuntos de rango, ni de origen. Ello por cuanto hay algo superior a esas diferencias entre los hombres de América: el sentido del deber frente a las instancias morales que arrebatan la conciencia; la responsabilidad ante el conocimiento de que hay hombres que necesitan ayuda; de que hay derechos que se violan; de que la indiferencia es un grave pecado de omisión ante la naturaleza de los hechos que se saben.

Aquí hemos estado, en consecuencia, un grupo de americanos, presentes, en nuestro propio nombre y en nombre de todos aquellos que han remitido mensajes de solidaridad con lo que aquí se ha tratado y con todos aquellos que, por sus más profundas convicciones, se interesan por la suerte del ser humano. Nos hemos reunido a estudiar, a pensar, convencidos de que el pensamiento es lo que logra cambiar la faz de la humanidad. Algunos, quizá con un poco de impaciencia, desean alcanzar lo práctico; quieren que el problema de los judíos se resuelva de una buena vez. Pero eso no está dentro del ámbito de esta reunión. El problema judío viene de muy largo en la historia; toca la médula del hombre; toma diversas formas; constituye un misterio; se lo puede plantear desde muy variadas perspectivas. Lo que pretendemos, en primer lugar, es conocerlo bajo una perspectiva concreta, —en este caso la situación de los judíos en la Unión Soviética— compenetrarnos bien del asunto; actuar en función de esa formidable potencia humana que es el pensamiento, que en opinión de un pensador "tiene los efectos de la dinamita"; y, finalmente, proponer puntos de vista que produzcan un cambio en la situación actual en favor de los judíos; señalen la obligación de no ser indiferentes ante tamaño problema; acusen a los causantes del dolor judío en esta nueva etapa de su inacabable martirio; ayuden a otros hombres a empaparse del problema; contribuyan a la dignificación de la vida humana.

Ningún problema o asunto más respetable, profundo, difícil y permanente que el de la vida judía en la tierra. Hay momentos en que me parece que lo que se presenta es una elección entre dos extremos: o los diversos estados o imperios o repúblicas tienen "derecho" de atacar, por turno, a los judíos sin que estos puedan alegar ninguna defensa, o los judíos tienen el derecho, secularmente maltrecho, a una existencia respetada, dentro del marco de su propia concepción del mundo y de la vida. Quienes estamos aquí reunidos no dudamos en escoger: estamos por el derecho de los judíos a ser judíos, sin cortapisas.

Sin embargo, ¡cuán largo y doloroso ha sido el drama siempre inconcluso, en que el judío desempeña siempre el mismo papel de perseguido, de infamado, de

mártir... y los diversos pueblos, por turno, el de perseguidores, de difamadores, de victimarios... ¡del pueblo judío! Las circunstancias cambian, ciertamente, pero el drama, el fondo del asunto, es el mismo.

Todas las manifestaciones antijudaicas tienen el mismo carácter, no importa los matices con que se presenten: su propósito es negarle al judío la posibilidad de vivir en conformidad con sus tradiciones, su cultura, su religión. Es decir, el afán es que el judío no sea judío. Es decir, el anhelo es que el judío deje de ser.

La actitud antijudía es como un cáncer que aparentemente desaparece por algún tiempo. Pero nuevas metástasis llenas de fuerza, con inmensa capacidad represiva, destructora, surgen para cumplir ese diabólico cometido que desea aniquilar el espíritu. Nunca lo ha logrado. Nunca lo logrará. Pero el precio ha sido y será alto: represión, crimen, genocidio, temor de los perseguidos, calumnias...

Por lo expuesto es que con plena conciencia hemos aceptado participar en esta conferencia. Queremos poner nuestro pensamiento al servicio del hombre, persona, portador de bienes inmortales. Queremos estar al servicio de la verdad. Creemos firmemente en que los hombres, para poder vivir en forma debida, necesitan libertad. Estamos una vez más propugnando porque se reconozca el valor de la dignidad humana, por lo que repudiamos todo sistema que humille al ser humano, que le niegue la posibilidad de poner de manifiesto la multiforme variedad de manifestaciones de su espíritu.

Julián Marías ha expresado este pensamiento: "Cuando yo me asomé a la vida histórica, las persecuciones a los judíos me parecían algo pasado. Muy joven leía aquel entrañable ensayo de Ortega, escrito en 1910, "Shylock". Lo leía, hay que decirlo, con ánimo histórico, como si aquello "hubiera pasado", ciertamente...".

Considero que el ensayo a que se refiere el trozo anterior debe ser objeto de conocimiento y meditación permanentes, por cuanto la materia de que se ocupa así lo exige y la pluma que lo escribió estaba empapada en el humanismo que tiene vigencia en todos los tiempos; y en reuniones como la que hoy concluye, debe servir para unir, aún más, las inteligencias. Ese ensayo viene a ser como el ritual del saber sobre iniquidades cometidas; como el aliento y la conciencia en el constante batallar por la dignificación del hombre, por el ejercicio de libertades que confiesan la humana trascendencia. Dice así Ortega:

"Los aullidos misérrimos del judío veneciano dirigen nuestra atención hacia una de las más graves lacras de la historia: el antisemitismo.

Esta pasión no es de hoy ni es de ayer: Shylock no es una anécdota arrancada a un frívolo centón italiano. El pobre judío errante que camina corvo por los caminos históricos, so el gravamen de infinitas desventuras, es un personaje milenario. Todavía vive. Yo le he visto en el *Brühl* de Leipzig, delante de su escaparate miserable, donde se exponen las pieles más caras; le he visto cargado de hombros, cubierto con un raído levitón, la nariz corvina y una barba roja larguísima. Le he visto más enhiesto y en apariencia más tranquilo, paseando por el *Zeil* de Frankfurt. Y un día, en un vagón de tercera, conforme se va de Witemberg a Berlín, pude reconocerle sentado frente a mí: era una bolita de carne vieja y una cabezuela redonda y una nariz picuda y unos ojos de gorrión, y todo esto en perpetua inquietud. "Yo no puedo estar sin hablar, lo confieso —me dijo—. ¿Es usted alemán?... ¡Español!... Yo he leído a *López de Vega*, yo soy israelita y tengo en Berlín una pequeña tienda de relojes..." El vagón se había llenado de hombres alemanes, de comisionistas, de estudiantes, de soldados; apenas oyeron la palabra *israelita*, comenzaron a caer chanzas y groserías sobre el menudo viajero. Y yo me avergoncé, lo declaro: temí que aquellas gentes estólicas descubrieran en mi palidez española y en mis barbas negras una filiación

hebraea. Me avergoncé y no tomé su defensa y la otra noche, viendo *El mercader*, se puso de pie en mi memoria el pequeño relojero judío y me clavó sus ojuelos deavecilla maligna y sentí un pinchazo en el corazón.

¡Cómo ha padecido esta raza egregia! Los demás pueblos han ido destilando gota a gota sobre el judío todo su poder de odiar. Se le ha maltratado, se le ha expoliado millares de veces, se le ha escarnecido. Se le han cercenado todos los derechos, se le ha recludo, como el ganado en el corral, dentro de los *ghetti* y juderías: se le ha señalado con las *ruedas bermejas*. Cuando el cristiano medieval quería alabar a Dios muy especialmente, mataba judíos. Léanse las curiosísimas Ordenanzas de Fernando I a los *chuetas* o, con otro nombre, *individuos de la calle*, en que se les vedaba tantas cosas y, entre ellas, el título de *Don*.

¡Mísera raza inmortal! Desde remotos siglos, los pueblos europeos, los árabes, los turcos más tarde, han ejercitado sobre las carnes hebreas su capacidad de atormentar. En las morenas y pálidas carnes han ensayado el filo de sus puñales. ¿Qué han conseguido? ¡Ah! El dolor, el divino pedagogo, ha sutilizado las almas israelitas, ha dado a este pueblo unas energías ardorosas que le hacen el más apto para las labores sublimes. Hemos matado judíos, y su sangre, conforme se iba enrareciendo, se hacía más exquisita, se espiritualizaba, se convertía en pura energía psíquica, era, el mínimum de vehículo y el máximun de poderes inteligentes. Por las venas judaicas ya sólo fluye espíritu: filosofía, revolucionarismo, lirismo y partida doble...

Tienen en los sótanos del alma recogida amargura bastante para anegar el planeta: son profesores de melancolía. Lloran sus sabios como trenan sus poetas, y el sol llega sin jovialidad a sus bancas de París. Como dice Heine:

Lloran grandes y pequeños
lloran hasta los más fríos;
mujeres y flores lloran
y los astros en el cielo.

Y todos los llantos fluyen,
hacia el Sur rodando van;
fluyen todos y se vierten
allá abajo, en el Jordán.

No acabaría de hablar nunca sobre los judíos, ni creo que haya tema más delicado para la sensibilidad de un poeta que este milenario dolor de un pueblo que eligió Dios una vez como vaso en que contenerse. ¡Pobre Jahve magnífico, dios de la inquietud y de la melancolía; tú que tenías el fuego en la una mano y el *maná* en la otra y te ponías a arder en las retamas al borde de los caminos! Aún la policía rusa azuza un pueblo imbécil, todavía no purificado por la palabra cáustica de los profetas, sobre las gentes de tu elección. ¡Qué horror! Aún ayer Alejandro III expulsaba a los judíos, y las mujeres hebreas, para permanecer, tenían que usar la cédula amarilla de las prostitutas. Eso, ayer; hoy... ¡Kichenef, Bielostock, sangre, torrentes de sangre; sangre de Rubén, sangre de Neftalí!

Con motivo de las turbulencias antisemitas de 1892, refería Julio Huret desde Rusia al *Figaro* una conversación que sostuvo con un judío de Lodz, a quien acababan de asesinar el hijo, y le preguntaba:

—¿No se dice que hay demasiados judíos en Lodz?

—Sí —respondió—, muchos. Pero ¿dónde quiere usted que vayan? Se les ha echado de todas partes... Cuando se les arrojó de Petersburgo, un judío que yo conocía fue a ver a Gresser, el jefe de la Policía, y le dijo: "¡Toleráis a los perros

en Petersburgo; yo tengo ocho hijos que alimentar, me gano la vida con mucha dificultad, dejadme, andaré a cuatro patas como los perros!

—No —le respondió Gresser—; eres judío, eres menos que un perro, hazte cristiano...”

Tomemos nota de algunos aspectos del ensayo de Ortega: el judío que sufre, que se ve coartado, que debe arriesgar todo por poder ser lo que es, todavía existe, todavía vive. El problema es permanente.

Recordemos la confesión de Ortega: me avergoncé y no tomé su defensa. Estimo que ningún hombre de bien puede ser indiferente ni mucho menos callar por vergüenza ante la gravedad del problema que nos ha reunido. Hay situaciones en que mejor fuera morir que callar. Hay que hablar alto y fuerte y valientemente: se trata de un asunto de dignidad humana. Por lo tanto, el callar es indigno.

En los tiempos que corren ha surgido, felizmente, una teología cristiana y católica, que elimina de raíz la actitud hostil frente al judaísmo, de acuerdo con la que se denomina teología de la salvación. Tal teología parte de la que ha sido denominada la “gran tristeza”, la “incesante amargura” del teólogo Pablo, quien deseaba “hacerse él mismo anatema en lugar de sus hermanos”, los judíos, “a los que pertenecen la filiación y la gloria y el testamento y la ley y la liturgia y las promesas” (Romanos, 9, 2).

Esas consideraciones llevaron al Concilio Vaticano II a manifestar, entre otras muchas cosas de grande hondura, las siguientes: “Siendo, pues, tan grande el patrimonio espiritual común a cristianos y judíos, este Sagrado Concilio quiere fomentar y recomendar el mutuo conocimiento y aprecio entre ellos, que se consigue sobre todo por medio de los estudios bíblicos y teológicos y con el diálogo fraterno”. “Además, —agrega el documento conciliar— la Iglesia, que reprueba todas las persecuciones contra cualquier género de hombres, consciente del patrimonio común con los judíos, e impulsada no por razones políticas sino por la religiosa caridad evangélica, deplora los odios, persecuciones y manifestaciones de antisemitismo de cualquier tiempo y persona contra los judíos”.

Si hondos pensadores, si líderes espirituales, si hombres de recta conciencia, juzgan tan patético el problema de la acción injusta contra los judíos, como fenómeno irracional recurrente, no hemos de ser omisos en dar la cara, en alzar la voz y en tomar, por todos los medios a nuestro alcance, la defensa de la vida, de la libertad y de los demás derechos fundamentales de los judíos, en general, y en particular de los que viven en la Unión Soviética.

No hemos de hacernos falsas ilusiones sobre una solución definitiva al vivir de los judíos en la tierra ni a la situación de los que viven en la Unión Soviética. La vida del hombre es milicia, en un servicio por el bien, que nunca termina. Es en ese campo de lucha y de prueba en donde cada uno escoge lo que desea ser y hacer con sus capacidades. La historia muestra la larga cadena de formidables esfuerzos por alcanzar condiciones de vida condignas con la excelencia del hombre. Así podemos saber que vivimos en un cierto equilibrio inestable, que sólo puede mantenerse por la inagotable generosidad de los mejores; por el esfuerzo tenaz en pro de lo mejor; por el respeto sacrosanto al hombre, sujeto y objeto de los máximos derechos. Por ello se ha expresado: “La conciencia más viva de la dignidad humana ha hecho que en diversas regiones del mundo surja el propósito de establecer un orden jurídico-político que proteja mejor en la vida pública los derechos de la persona, como son el derecho de libre reunión, de libre asociación, de expresar la propia opinión y de expresar privada y públicamente la religión. Porque la garantía de los derechos de la persona es condición necesaria para que los ciudadanos, como individuos o

como miembros de asociaciones, puedan participar activamente en la vida y en el gobierno de los asuntos públicos". "La mejor manera de llegar a una política auténticamente humana es desarrollar el sentido interior de la justicia, de la bondad y del servicio al bien común, robustecer las convicciones fundamentales sobre la verdadera índole de la comunidad política y su finalidad, como también sobre el recto ejercicio y los límites de la autoridad política".

"Han de ser reprobadas, en consecuencia, todas las formas políticas, en vigor en algunas regiones de la Tierra, que ponen trabas a la libertad civil o religiosa, multiplican las víctimas de las pasiones y de los crímenes políticos y, en el ejercicio de la autoridad, se apartan de la prosecución del bien común para hacerla servir al provecho de ciertas facciones o de los mismos gobernantes". (Concilio Vaticano II).

No discrimina, en modo alguno, esta conferencia, a otros perseguidos, subestimados y humillados por negárseles el ejercicio de derechos que les son propios. Pone énfasis, solamente, en el problema judío y en éste sobre la situación de quienes viven en la Unión Soviética, y ello por razones históricas, sociales y jurídicas que a nadie escapan.

Hay quienes desean más y mejores pruebas sobre la situación de los judíos en Rusia. No se satisfacen con los testimonios recogidos ni sacan conclusiones sobre las situaciones que en esa Unión de Repúblicas Socialistas se viven. Cuando al judío se le golpea en su religión, se le golpea en su sustancia. Cuando la autoridad prohíbe la organización de la religión judía en Rusia; cuando impide la continuidad de la jefatura religiosa; cuando clausura lenta pero indefectiblemente las sinagogas; cuando pone impedimentos a los ritos esenciales de esa religión; cuando hay que vivir como judío bajo la vigilancia del gobierno soviético; cuando se prohíbe toda intercomunicación entre rabinos y jefes de las comunidades religiosas; cuando la presión gubernamental logra que se retiren de los centros de formación rabínica los discípulos; cuando sólo el temor al qué dirán en Occidente detiene el peso brutal de las autoridades para terminar con todo vestigio de religión judaica en Rusia; cuando ni siquiera en la tumba se puede ingresar como judío... cuando eso y muchas otras cosas más ocurren, ¿cómo es posible que haya quienes desean más pruebas? Quizá a éstos les sea útil tener presente la actitud del escritor chileno Manuel Rojas, quien presidió en 1968 una conferencia en Santiago sobre la situación de los judíos en la Unión Soviética. Cuenta él: "Tomé parte en aquella reunión y acepté presidirla porque tenía la seguridad de que existía en la Unión Soviética una discriminación contra los judíos. Había leído varios libros de gente que me pareció seria, que no era antisoviética sino sólo judía —entre lo que leí había un artículo de mi admirado Martin Buber— y estaba, como ya lo dije, convencido de que existía esa discriminación. ¿Era poca o mucha la discriminación? No lo sabía exactamente: existía y eso me era suficiente. La Unión Soviética niega que exista tal discriminación, pero ¿Quién le cree a un Estado, aunque sea un Estado socialista? Los Estados mienten, todos, a tambor batiente, es una de sus tácticas, mentir mientras sea posible hacerlo, después se verá. Pero yo también por táctica —cada uno tiene las suyas— no lo creo".

Concluye este aspecto reflexionando: "¿Y si existía, aunque fuese poca discriminación, por qué no pedir que cesara?".

Este mismo escritor toca un asunto de los más dramáticos, sintetizado para el buen entendedor, en lo siguiente: a propósito de una conversación que sostuvo en Israel con el Sr. Natanel Lorch, director de la División de América Latina del Ministerio de Relaciones Exteriores, manifiesta que éste "Escribe, además, ensayos y he leído uno, publicado en LA REVISTA SOCIALISTA en el que contesta otro de un señor Maxim Rodinson, judío también de esos judíos que se odian a sí mismos y a los demás judíos, un judío antisemita, *rara avis* que no es tan rara". He aquí un

tema doloroso: el de los judíos que atacan o no defienden a los suyos, que inventan interpretaciones para justificar lo injustificable, que miran corto y ven poco, que son una viviente contradicción: judíos antisemitas!

No es posible, pues, cuando se puede servir a los seres humanos, permanecer impasibles y dudosos. Es menester la beligerancia intelectual, la participación oportuna, en aras de la dignificación humana, que actúe como contrapeso histórico, hasta que Dios no disponga otra cosa. Por ello cabe recordar algunas expresiones de Martí, que coinciden con el propósito de nuestros trabajos y que ponen énfasis en la realización por convicción y sin mezquino cálculo de triunfo: "Alzar la frente es mucho más hermoso que bajarla; golpear la vida es más hermoso que abatirse y tenderse en tierra por sus golpes".

"Si sentimos el sol en el alma, qué gran crimen echar tierra oscura sobre el sol. Se es responsable de las fuerzas que nos confían: el talento es un mártir y un apóstol: ¿Quién tiene derecho de privar a los hombres de la utilidad del apostolado y del martirio?"

"Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana".

Por ello, al estar aquí reunidos, creo que podemos convenir con ese mismo egregio americano en afirmar: "El deber de un hombre está allí donde es más útil".

Dice Julián Marías al final de su obra "Israel: una resurrección" que él no es más que un hombre de teoría, "eso que se llama un intelectual" y que en lo que ha escrito están en juego las dos cosas que más le importan: "una es la verdad; la otra, la libertad". Quienes realizan una vocación intelectual tienen, no hay la menor duda, un compromiso con la verdad y con la libertad. De allí que no puedan sino ejercitar la acción total de su espíritu cuando se encuentra en coyunturas como la actual: es menester ir a la búsqueda de la verdad y a su exposición y defensa; es necesario vivir la propia libertad y hacer cuanto sea posible porque los demás, especialmente si se encuentran en situación precaria, disfruten ese bien que da sentido a la dignidad humana, porque permite el desarrollo de una vida que valga la pena vivir.

Al visitar el templo, monumento y archivo levantado por ley en Jerusalén con el fin de recordar, investigar, estudiar, el martirio y heroísmo de los judíos europeos —el Yad Vashem— queda uno, indudablemente, impresionado ante la brutalidad inmensa del crimen cometido contra los judíos por la única razón de ser judíos. Entre el cúmulo de nombres, datos, fotografías, sentimientos entrecruzados que brotan ante el recuerdo suscitado por los testimonios recogidos, cobró particular interés, ante mi conciencia, una fotografía: había en ella un judío delgado, menudo, vestido de negro, que permanecía extrañadamente dueño de sí, en poder de soldados uniformados, de mayor estatura que él y armados. Uno de estos soldados se dedicaba al infame cometido de cortar con unas tijeras la oreja del judío para luego, al menos esa evidencia surge, torturarlo más y matarlo. El pie de la fotografía que corresponde a la época hitleriana de más dura persecución contra los judíos, dice: LOS SOLDADOS SE ENTREGAN A LA SEVICIA. Digo que me impresionó la fotografía por varias razones: por haberse podido tomar; porque se nota, por una parte, con evidencia el atropello y la crueldad y la injusticia y el abuso de la fuerza y, por

la otra, la grandeza e impotencia de aquel pobre hombre a quien se mutila físicamente sin poder defenderse. Juzgo, recordando aquel testimonio, que poder dar la sangre en gracia de las convicciones, de la fe que ilumina nuestra vida, es noble, heroico y soportable. Al menos los asesinos permiten la decisión definitiva de esa situación. Pero más cruel y difícil es recurrir a los refinamientos de ir ahogando el espíritu de los hombres por desgaste, por sutil presión, por formas "más civilizadas" de contrariar las más legítimas aspiraciones e irrenunciables derechos personales.

Creo que —en su barbarie— fue más "limpio" el proceder de aquellos soldados que se entregaban a la sevicia, porque se ponía en claro una situación, porque frente a ellos y al mundo se podía morir de una buena vez, por lo que se era, por lo que se creía, que no la actual situación de los judíos en la Unión Soviética. La sutileza del sistema represivo puede ser causa de que en ocasiones pase aparentemente inadvertido el atentado, pero la lesión al espíritu judío es inevitable. Aunque suene paradójico, mejor fuera que los conculcadores de los derechos actuasen con más claridad, con más brutalidad, con más definición en el crimen, porque sería entonces más patente la lesión y la reacción del mundo más eficaz. Desgraciadamente los que en el asunto de mérito actúan injustamente quieren que sus actos pasen por buenos y ya sabemos que el camino de las "justificaciones" y los disimulos es recorrido en detrimento del hombre, con la más proterva intención.

¿Qué decir de la no aceptación oficial de las protestas por parte de la Unión Soviética? La negativa sistemática a recibir las protestas de las diversas conferencias sobre la situación de los judíos en la Unión Soviética no hace sino corroborar el valor de ellas. No hay que desalentarse por esa actitud sorda y ciega de las autoridades soviéticas. Su actuación actúa en su contra. Porque el espíritu de los hombres vigilantes se levanta cada vez más fuerte, más seguro; el espíritu se transforma en voz, en letra, en defensa del derecho, de la dignidad del hombre, en actitudes que parecen estar animadas por un fuego divino cuya energía es inagotable; y no se acallarán las voces mientras existan injusticias y seres humanos libres que las estudien, las denuncien y las condenen. ¿Qué régimen puede mantenerse contra la dignidad humana? Por mucho que dure, sus días están contados. ¡La historia es testigo!

Termino mis palabras saludando respetuosamente a todos los asistentes a este acto y expresando que ha llegado, una vez más, un momento de la historia en que algunos hombres, para poder vivir con decoro, necesitan el apoyo de otros hombres; y ha llegado la hora en que unos hombres, nosotros, para poder vivir plenamente, necesitamos apoyar a otros hombres. Señoras y señores: hemos santificado este recinto. Aquí hemos venido a reunirnos para dignificar al ser humano.

GUILLERMO MALAVASSI V.

28/VI/70.

Quinta Conferencia de Estudio sobre la minoría judía en la Unión Soviética.

ISRAEL: DIECINUEVE AÑOS DE INDEPENDENCIA

Discurso del señor Ministro de Educación Pública, Lic. Guillermo Malavassi Vargas, en la noche del jueves 18 de mayo de 1967, antes del concierto del violinista israelí Zvi Zeitlin en el Teatro Nacional, con ocasión del XIX Aniversario de la Independencia de Israel, y en presencia del señor Presidente de la República, Profesor José Joaquín Trejos Fernández.

Señor Embajador de Israel en Costa Rica

Dr. Walter Abeles.

Costarricenses.

Miembros de la Colonia Israelita en Costa Rica.

Por gestión del señor Embajador de Israel en Costa Rica, el Ministerio de Educación Pública, a través de las entidades adscritas a éste, ha participado, con el mayor gusto, en la celebración del decimonono Aniversario de la Independencia de Israel. Y por petición atenta y amistosa del señor Embajador, expreso, en esta oportunidad, estas palabras de salutación.

Celebra Israel sus diecinueve años de vida independiente. Ello es motivo de gozo para israelitas y costarricenses, porque la autonomía de un Estado permite a éste lograr el mayor bien para sus componentes, dentro de un modo de pensar y de sentir la vida, con toda libertad de espíritu, sin el temor de verse obligados a hacer lo que no quieren y a seguir normas de conducta contrapuestas con su conciencia. Costa Rica, que este año cumplirá 146 años de vida independiente, siente como propio el disfrute de independencia del Estado de Israel, porque una vez saboreada la libertad política no se puede renunciar a ella y se la considera buena para todos los hombres de la tierra, porque ella garantiza respeto a la persona, justicia, posibilidad creadora amplia en todos los campos del hacer y del pensar. Por sobre ello hay, además, un aspecto de oculta significación y de aparente paradoja: ¡que el "pueblo eterno", el pueblo más antiguo del mundo, hace apenas diecinueve años logró su independencia! Y es extraordinario que el grupo étnico que ha sufrido las mayores desgracias y persecuciones por más tiempo en la Tierra, haya podido efectuar una obra cultural tan valiosa, se desarrolle hoy como Estado con tanta pujanza y haya conservado su unidad étnica, de religión y de costumbres, a pesar de haber estado cada día desde su dispersión, en posibilidad humana de perderlo todo. Y al hablar de esto, como costarricense creyente, se sobrecoje mi corazón, ante la religiosidad formidable del pueblo judío. Por ello me atrevo a hablar de la oculta significación en el hecho de que "todos los hijos de Israel, unidos como un solo hombre" (Jue. 20,11) hayan vuelto a la "tierra de los hebreos", "de Israel", a su "tierra santa", "del Señor", "de Promisión", y que a manera de modernos Macabeos tengan que luchar, con la ayuda del Señor, por confirmar su independencia, que se ha constituido en un presente actual dramático. Al pasar ciertas páginas de la escritura, queda uno profundamente conmovido de ciertos textos que hacen tan al caso en esta ocasión, como aquel en que Yavé dice a Jacob: "en ti y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones. Yo estoy contigo y te bendeciré dondequiera que vayas, y volveré a traerte a esta tierra, y no te abandonaré hasta cumplir lo que te digo". Y es oportuno recordar lo que dijo Moisés al pueblo de Israel, exhortándolo a cumplir la Ley: "Mirad: yo os he enseñado leyes y mandamientos, como Yavé, mi Dios, me los ha enseñado a mí, para que los pongáis por obra en la tierra en que vais a entrar, para poseerla. Guardadlos y ponedlos por obra, pues en ellos está vuestra sabiduría y vuestro entendimiento a los ojos de los pueblos, que, al conocer todas estas leyes, se dirán: Sabia e inteligente es, en verdad, esta gran nación" (Gén. 4,5-6). Y hoy que lucha

Israel por mantener la integridad y seguridad de su tierra, bien vale recordar las palabras de Yavé a Josué: "Esfuérzate y ten ánimo, porque tú has de introducir a este pueblo a posesionarse de la tierra que a sus padres juré darles... No te apartes ni a la derecha ni a la izquierda, para que triunfes en todas tus empresas (Jos. 1, 6-7).

Viendo la fotografía del Parlamento israelí en sesión, en la que se notan los diputados árabes enfrentados a la tarea de legislar, junto con los diputados israelitas, surge el deseo de recordar, también, lo de Ezequiel: "Partiréis esta tierra entre vosotros, según las tribus de Israel, y echaréis suertes sobre ella para heredad vuestra y de los extranjeros que entre vosotros peregrinan y entre vosotros han engendrado hijos, pues los tendréis como naturales entre los hijos de Israel", expresión singular, en que se garantiza el respeto a todo hombre con quien se convive, con quien debe compartirse la heredad, la patria, el amor.

Teniendo presente al decir del Eclesiástico "Abrevia el discurso" (32,12) no puedo sino expresar el más profundo respeto por el pueblo judío, con quien Dios se dignó establecer la antigua alianza, pueblo con el que los cristianos tenemos un muy rico patrimonio espiritual común, al que hemos de amar fraternalmente, en particular en ocasión como ésta, en que celebramos juntamente el Aniversario de la Independencia de Israel.

Ahora, ya que mi lengua es inexpressiva y apenas puede balbucir, que sea la más universal de las artes, la música, tan universal como la historia de Israel, como el deseo de independencia de hombres y naciones para poder desarrollar su vocación humana auténtica, la que venga, por medio de un eximio violinista israelí y de un gran pianista costarricense, a expresar, merced a la ejecución que harán enseguida, el afecto fraternal de Israel y Costa Rica.

GUILLERMO MALAVASSI V.

ISRAEL: GUERRA E INDEPENDENCIA

7 de mayo de 1968.

Señoras y señores:

Un año más de vida independiente celebra el Estado de Israel. El señor Embajador, Dr. Walter Abeles y la colonia israelita han preparado fiestas del espíritu con tal ocasión y los costarricenses somos invitados a ellas para comulgar de la alegría tan bien fundamentada por haber conseguido plasmar su larga esperanza.

Hace un año, en este mismo lugar, dije unas palabras de salutación con ocasión de celebración semejante. Y en ese entonces, en vista de la dramática situación que gravitaba sobre Israel, en que cada día leíamos la prensa con las noticias de un cerco militar que pretendía doblegar el naciente Estado, en que la prepotencia militar de países vecinos quería terminar con la tranquila posesión de su tierra por parte de los israelitas, decía: "Y hoy que lucha Israel por mantener la integridad y seguridad de su tierra, bien vale recordar las palabras de Yavé a Josué". Confieso que quería entonces, con aquellas citas bíblicas, dar una voz de aliento a los judíos y avivar mi propia fe en que se resolvería la situación en favor de quienes lo merecían.

Ha pasado un año. Entre tanto todas las naciones del mundo pudieron contemplar una guerra corta, dolorosa para algunos, como suelen ser estos hechos humanos, pero que hacía mucha falta al mundo. Repito que el triunfo claro, limpio, de los israelitas hacía mucha falta al mundo. Quiero creer que gracias a esa lucha y a esa victoria ha cambiado la mentalidad de muchos hombres.

El tema de la guerra y de la paz es un tema muy grave y delicado. No pretendo tratarlo ahora. Pero sí deseo manifestar que es mil veces mejor comprometerse con toda nobleza y decisión en una lucha antes de vivir un irenismo claudicante que casi equivale a la muerte en vida.

Buena es la paz siempre que no sea oportunidad para el medro de los que a su amparo viven. Buena es la paz cuando no es mero pretexto para el privilegio, para la explotación inmisericorde, para obligar a los demás a deponer sus convicciones. Pero no vale una paz que sólo sirve para ahogar el derecho en deliberaciones interminables y no tiene sentido una paz cuyo precio es reducir las mejores potencialidades humanas.

Por ello la guerra de Israel fue bien vista por todo el mundo. Aun por los pacifistas. Porque se trataba de una causa justa, porque había llegado la hora de la reivindicación de un pueblo, porque hacía falta el ejemplo de una guerra clara, justa, pronta, sin crueldades ni dilatorias innecesarias. Una guerra justa es procedente porque lo menos que debe hacer un pueblo es defender su integridad.

Debe ser exigida la piedad con los vencidos, debe lucharse sin odio, debe buscarse de nuevo la normalidad. Pero el hecho grave de lanzarse al combate cuando ya no queda más remedio, cuando es la única salida decorosa para resolver graves conflictos, debe hacerse con toda decisión, con toda prontitud y con todo entusiasmo.

Los cristianos nos sorprendemos siempre cuando leemos aquellas palabras de Cristo: "Yo he venido a echar fuego en la tierra. ¿Y qué he de hacer sino que se encienda?" ... "¿Pensáis que he venido a traer la paz a la tierra? Os digo que no, sino la disensión". Y hemos de vivir todas esas paradojas de desear la paz y tener que hacer la guerra. Pero en esa situación no es lo más lógico ni lo más humano decla-

rarse siempre por un pacifismo a ultranza que se constituye, pese a las buenas intenciones, en fuente de los mayores equívocos.

Aun no brilla la paz en Israel. Vive latente el peligro. Pero los judíos han de tener fe siempre que actúen con justicia. Escrito está: "Perseguiréis a vuestros enemigos, que caerán ante vosotros al filo de la espada. Cinco de vosotros perseguirán a diez mil y vuestros enemigos caerán ante vosotros al filo de la espada". — (Levítico, XVI, 7-8).

Ojalá pronto haya paz permanente. Pero primero paz en las almas, que no puede estar divorciada de la rectitud; paz como fruto del esfuerzo; paz llena de vida, en que los hombres encuentren las mejores posibilidades de vivir con dignidad. Y, ¿por qué no desearlo?, paz después de la victoria sobre todos los que atropellan a los hombres y a los pueblos. Qué hermoso poder decir entonces: "Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se acostará con el cabrito, y comerán juntos el becerro y el león y un niño pequeño los pastoreará. La vaca pacerá con la osa y las crías de ambas se echarán juntas, y el león, como el buey, comerá paja. El niño de teta jugará junto a la hura del áspid, y el recién destetado meterá la mano en la caverna del basilisco. No habrá ya más daño ni destrucción en todo mi monte santo, porque estará llena la tierra del conocimiento de Yavé, como llenan las aguas el mar". (Isaías). - II, 6-9.

Me uno de todo corazón a la complacencia de la colonia israelita por poder celebrar los veinte años de Israel. Me alegra profundamente que el enfrentamiento inevitable, necesario, de los judíos con las huestes contrarias se decidiera en memorables seis días; y antes de que la música llene con sus notas esta venerable casa de cultura quiero alzar mi voz para repetir con Isaías: "Alabad a Yavé, cantad a su nombre, pregonad sus obras en medio de los pueblos, proclamad que su nombre es sublime. Cantad a Yavé, que hace cosas grandes, que lo sepa la tierra toda. Exultad, jubilad, moradores de Sion, porque grande es en medio de vosotros el Santo de Israel". (XII, 4-6).

IDEALES UNIFICADORES

14 de febrero de 1969.

Señoras y señores:

Por invitación del Sr. Embajador de Israel, tengo el honor de expresar unas palabras de salutación en esta noche, ocasión en que inicia sus trabajos la convención de representantes de los institutos culturales del istmo centroamericano unidos con Israel.

Impresiona siempre la acción y el sentido de los institutos "culturales", cuya justificación última radica en estrechar relaciones entre pueblos amigos, por medio de la participación en los bienes culturales comunes, que quintaescian las mejores realizaciones humanas. De esta consideración surge el respeto e interés por la convención que hoy se inaugura, que alcanzan a cada uno de los asistentes, a cada uno de los institutos, a cada una de las deliberaciones y actividades.

Es evidente que la aparición de Israel como Estado, su historia como grupo étnico, las formas de juzgar y actuar los hombres en el mundo... todo ello exigía tomar postura, lo que se ha ido efectuando por diversos caminos. Uno, la fundación de institutos mixtos, israelitas y de cada nación centroamericana. Y se buscó un ambiente, una atmósfera que pretende asegurar las mejores intenciones humanas: la cultura. Como labor fundamental de tanto esfuerzo organizado, juzgo que cabe esperar una comprensión, un mejor entendimiento entre las personas de diversos lugares, de diversos pueblos.

Lo anterior nos conduce, una vez más en los afanes de grupos similares, a plantearnos el tema de los ideales humanos referidos a una mejor manera de convivir los unos con los otros. Dentro de esa idea, me tomo la libertad de citar al biólogo y filósofo que, buscando en el pasado y en el presente los ideales básicos del género humano, sintetiza su propio criterio en el señalamiento de *cuatro ideales unificadores* después de demostrar cómo ni la homogeneidad biológica o fraternidad biológica (necesidades similares entre los diversos hombres y el hecho de que todos los grupos étnicos puedan cruzarse), ni la interdependencia de países y regiones, ni la unidad política implícita en las Naciones Unidas, constituyan por sí ideales o caminos que garanticen una real convivencia fraterna entre los componentes de la humanidad. Sólo una unidad aseguraría el enfrentamiento con los graves y grandes problemas contemporáneos asaz conocidos, y esa unidad sería la espiritual; ello es, tener creencias, ideales o aspiraciones comunes a todos los seres humanos.

Así, este autor que he dicho, expone esos cuatro ideales unificadores "que pueden ser adoptados por todos los hombres sin consecuencias desastrosas". Establece de esta manera el primero: *FRATERNIDAD*, entendida en el sentido de que todos los hombres "deben ser tratados como nuestros iguales", para que puedan realizar sus vidas lo mejor posible; ser considerados como fines en sí. Esto se convierte, en la práctica, en "la cooperación universal entre los hombres", en la "supresión de la competencia individualista o nacionalista", en el firme convencimiento de que "todos los hombres deben avanzar unidos; no sólo algunos en detrimento de los demás". Ello obliga a cada uno a hacerse digno del amor del prójimo, porque si todos los hombres fueran realmente dignos de ser amados, como cosa evidente, no habría necesidad de exhortaciones para ello. Debemos hacernos de tal manera que sea fácil para nuestro prójimo amarnos. Porque la dificultad del ideal estriba en que "es casi imposible llamarlos a todos hermanos sin sentirse, en muchos casos, secretamente avergonzado del parentesco". Los políticos han hablado muy ligeramente del valor y dignidad de todo hombre, como si esto fuera algo innato, como poseer corazón y pul-

mones, y no una adquisición que depende de la educación, la disciplina espiritual y un persistente esfuerzo individual.

El segundo ideal, lo denomina la *ESPIRITUALIDAD*, que consiste en desarrollar en pleno nuestras capacidades espiritual, intelectual, moral... para convertirnos en seres espirituales. De modo que sin desprecio del cuerpo, se lo mire "como un medio o instrumento del espíritu, como una lámpara que soporta una llama espiritual". Esta actitud conducirá al conocimiento de uno mismo y de los otros, a la aprehensión intelectual de las conexiones entre las cosas... hasta llegar al estado en que las sensaciones sean modificadas por la percepción de relaciones", carácter este último de extraordinarias aplicaciones en orden a la fraternidad. Como la tierra no puede producir suficientes bienes para satisfacernos si exacerbamos nuestras apetencias sensuales y materiales... ya que inevitablemente entraríamos en conflicto con nuestros prójimos, se impone la primacía en la realización espiritual. Así debe surgir una actitud común de llenar nuestras vidas y las de aquellos en quienes podemos influir, con el máximo de valores espirituales.

El tercer ideal es la *CASTIDAD*, como responsabilidad en los asuntos sexuales, entendido como la perspectiva de usar nuestro poder de reproducción para producir hijos de la más alta calidad, en número compatible con su adecuada nutrición y con las posibilidades de la tierra para mantenerlos. Contrario a ello sería engendrar hijos sin mirar por su posible calidad y su futuro bienestar, lo mismo que ser indulgente con el solo placer. "Ser casto" —agrega el autor— "es tener el debido respeto por sus descendientes y todo lo que concierne a su origen, mirar la fuente de la vida humana como sagrada". "Las personas de mente estrecha —dice más adelante— a veces miran el ideal de castidad como contranatural, como un aspecto de la sublección del hombre contra la naturaleza. Una inspección más profunda reconoce su naturalidad; quizás éste es el más natural de los ideales que consideramos". "Con mucha razón las grandes religiones y filosofías religiosas han coincidido en inculcar la castidad, y es una lástima que ellas hayan, ocasionalmente, malinterpretado su significado".

El último ideal fundamental vendría a ser la *RESPONSABILIDAD PARA CON EL VASTO MUNDO*. No vivimos en el vacío, sino en medio de un ancho, completo y totalmente bello mundo, que nos mantiene, aunque a menudo nos amenaza y a veces nos destruye. De allí que debemos conservar todo lo bueno que hay en él, no dañar nada que sea útil, bueno, hermoso; no infligir daño sin razón a nada.

Tienen estos cuatro ideales la ventaja de ser inasequibles, lo que garantiza su perenne vigencia y su carácter de ideales siempre jóvenes, a la consideración de todos expuestos, sin posibilidad fácil de realización; constituyen, por ello, cuatro principios que orientan profundamente la vida de quien quiera tomarlos para sí y que constituyen el valioso legado de un hombre de estudio que comenzó por la biología y terminó por la ética.

Termino expresando que todo lo que se refiere a Israel toca el aspecto fundamental de un grupo étnico que ha profesado una religión. Toda religión quiere ayudar al hombre a realizar su ser; pretende guiar al hombre peregrinante hacia su fin, Dios en este contexto, por lo que reclama lo totalidad del hombre. No debe estar, en consecuencia, ausente de reunión tan principal como ésta la consideración sobre esta dimensión medular del ser humano, su religiosidad, basada en la estructura última del ser humano, en la que cada cual hallará la respuesta más satisfactoria al sentido de su vida, haciendo buenas las palabras del obispo de Hipona: en el interior del hombre se aloja la verdad.

Así, pues, unidos en el amor a las cosas que nos son comunes, obligados estamos a pensar en elevadas formas de vida y en todo aquello que asegure la dignidad de la persona, como fruto de la meditación sobre su esencia y destino.

ISRAEL: BREVES IMPRESIONES DE UN VIAJE

(Recogidas por un periodista)

REGRESO MINISTRO MALAVASSI DE ISRAEL

Asistió el señor Ministro de Educación a la Quinta Conferencia de Rehovot, en Israel, que se ocupó de Ciencia y Educación en los países en desarrollo. Preguntamos al Ministro Malavassi sus impresiones sobre el acto y nos dijo: asistieron representantes de medio centenar de países y se conocieron y estudiaron treinta importantes trabajos relativos al tema de la Conferencia. Veinte Ministros de Educación asistieron y cerca de un centenar de asesores en educación, científicos y políticos.

A lo largo de las diversas sesiones de trabajo, quedó patente la coincidencia de pensamiento tendiente a mejorar la educación dondequiera, para dar a todo ser humano posibilidades de acrecentamiento personal, información actualizada y cómo para lograr lo anterior se debe recurrir a innumerables expedientes relativos a contar con adecuados planes de estudio, con programas que no sean demasiado idealistas, divorciados de la realidad; formas de introducir interés por la actividad científica en la educación sistemática; maneras de evitar ciertos problemas surgidos en los diversos pueblos.

Se notaba en los educadores, científicos y políticos un gran deseo de acertar y de contrastar realizaciones. Surgía una mejor comprensión de los ajenos trabajos en el campo de la enseñanza y una mejor esperanza al verse nuevas formas de facilitar la preparación del personal, de conseguir fondos para impulsar el desarrollo científico y educativo de cada país, al estudiarse la evolución de los equipos mínimos necesarios para la enseñanza de las ciencias.

Puedo afirmar, en contraste con las más autorizadas opiniones oídas en la Conferencia, que nuestro país tiene todas las posibilidades de alcanzar un gran desarrollo educativo. Primero por la respetuosa actitud hacia todo lo que se refiera a la educación, de parte de todos los costarricenses; además, porque es relativamente sencillo el procedimiento para remozar planes y programas. La mayor dificultad radica en atender debidamente el rápido crecimiento demográfico, especialmente en lo que afecta a la educación media. El aspecto de la preparación de maestros lo miro con optimismo. Ya el Consejo Superior de Educación aprobó nuevos programas para las escuelas normales, que espero podrán ejecutarse pronto. Se realizarán, además, planes de mejoramiento del personal en servicio. En educación media, se arrastra un déficit de personal preparado que habrá que sufrirlo por algún tiempo, pero se trabaja tenazmente en su solución.

Es pertinente ir adoptando una actitud de mayor entusiasmo, de mejor dedicación, respecto de la educación de la niñez y juventud. Ponerse al día, enseñar más y mejor, leer mucho, ver si quienes terminan su escuela y colegio realmente están mejor preparados para la vida, que cuando entraron; si se fomenta el sentido de la responsabilidad, de hacer bien las cosas, el espíritu de trabajo, en fin, la capacidad humana de comprender y realizar. Hay profesores que dan muy poco, y no creo que sea por pereza, sino porque no han captado lo que la vida exigirá luego de sus discípulos. Qué bueno fuera que cada discípulo, ya hombre, pudiera decir de cada uno de sus maestros las palabras de Ben Zaccái: "Si el cielo fuera pergamino, la mar tinta, y los árboles plumas, no serían suficientes para escribir todo lo que he aprendido de mis maestros, y sin embargo, en comparación con su sabiduría yo no he retenido más que lo que un perro puede beber a la orilla del océano".

Enseñar para la vida, para que el discípulo pueda valerse por sí mismo, para que se aficione a leer, a emprender, a realizar cosas de importancia, a comprometerse en asuntos de interés... todo ello deben hacerlo el maestro y el profesor. Para poder acertar en materia tan principal, hace falta perspicacia, inteligencia de la vida, comprensión de las motivaciones ajenas, conocimiento de muchas cosas... cualidades todas ellas que debe poseer un educador para merecer tal denominación.

Respecto de otros asuntos de su viaje a Israel, nos informó el Sr. Ministro del impresionante viaje a algunos de los santos lugares: Belén, Nazaret, Jerusalem, Mar de Galilea... cómo se sobrecoge el espíritu ante sitios que han sido por siglos metas buscadas ansiosamente por los peregrinos creyentes, que buscaban afianzar su fe, entrar en contacto con los sitios mismos que fueron asiento de hechos tan importantes en lo que atañe a la religión que profesamos.

Dígame lo mismo de lo que diversos lugares significan para el pueblo judío. ¿Quién puede olvidar a los judíos haciendo oración en el llamado muro de las lamentaciones?

A pesar de ciertas apariencias, hay profunda religiosidad por dondequiera. Se observan las prescripciones, aunque algunos se denominen progresistas; el sábado se atiende con devoción; las comidas hasta en muchos hoteles son "kasher".

Se sobrecoge, en verdad, el espíritu ante tantos siglos de trascendental historia que giran y toman vigencia en cada conciencia, al andar por Israel.

Lo que han hecho los israelitas sobrepasa cualquier forma fácil de expresarlo. Hay tenacidad por realizar, espíritu de lucha por afirmarse, ansias de paz; coraje ante cualesquiera dificultades; inteligencia de las situaciones. Para hablar con mayor propiedad sobre lo que hacen los judíos en Israel, y sobre lo que han hecho, hay que sentarse largamente a conversar. Es mucho, muy bien hecho; hay un espíritu humano cargado de anhelos divinos que caracteriza la forma de actuar del pueblo y de los gobernantes. Un detalle: Moshé Dayán, en el acto de clausura del 15º curso de comandantes del ejército, comenta el versículo bíblico: "No temas mi siervo Jacob". Cada soldado recibe su biblia, en hebreo. Saben vivir, trabajar, luchar y morir...

LA LIBERTAD DE CUBA Y LA BATALLA DE AMERICA

(Discurso pronunciado en el acto celebrado el 28 de enero de 1967
en el Estadio de Miami)

Señoras y señores:

El Gobierno de Costa Rica, cuyo Presidente me honro en representar en este acto, ha dispuesto enviar un delegado en peregrinaje a este lugar —hoy convertido en santuario por el destierro que aquí sufren tantos cubanos ya que la pena y sentimiento por la patria lejana santifica el sitio que los seres humanos en tal circunstancia habitan— con el objeto de mostrar su solidaridad con quienes son víctimas de un tiránico sistema de gobierno y para tener la oportunidad de participar en esta fraternal unión de los cubanos, de la que cabe esperar, muy legítimamente, que surjan un nuevo impulso y una nueva esperanza de redención patriótica.

Si bien es cierto que existen sobrados motivos para albergar tristes sentimientos por la desgracia que sufre el pueblo cubano, no es menos cierto que también hay muy poderosas razones para levantar el ánimo en la aflicción presente y para aprestarse a las reivindicaciones. “La más bella tierra que ojos humanos vieron”, tal expresión dijo Colón a los reyes refiriéndose a la isla que luego llamaría Cuba, en su informe sobre lo hallado al viajar al Nuevo Mundo. Todos los cubanos que asisten a esta cita han de sentirse orgullosos de haber nacido y vivido en tierra que mereció tan justificado elogio del Descubridor. Si es cierto, pues, que cabe el triste lamento de José María de Heredia: “¡Ay! desterrado —Sin patria, sin amores,— Sólo miro ante mí llanto y dolores”—(Niágara), debe tenerse presente también el ejemplo, extraordinariamente edificante del hombre en cuya memoria hoy nos reunimos: José Martí, bandera, norte y gloria de los nobles hijos de Cuba.

Cuando meditamos sobre la dura situación que afecta al pueblo cubano, y recorremos mentalmente su historia, llama poderosamente la atención la lucha constante que ha tenido que librar este pueblo por disfrutar de libertades políticas. Y en este recordar surge, en forma eminente y formando un paralelismo con cada uno de los cubanos que viven hoy forzadamente fuera de su patria, la vida patriótica de Martí. El Presidente del Colegio Médico Cubano en el Exilio ha andado, representando a esta entidad, en misión patriótica por los países americanos; también en su hora y en búsqueda del bien para su pueblo, anduvo Martí reuniendo recursos, animando tibios, ganando voluntades. Así llegó en 1893 Martí a Costa Rica, a visitar a Maceo, establecido temporalmente en Nicoya. Con ocasión de esta visita expresó: “Con ternura de hijo quiere el cubano a Costa Rica”. Hay también muchos cubanos en Costa Rica quienes, como Maceo, esperan el momento en que las cosas cambien para mejor en su patria y quienes, como Martí, la quieren —a Costa Rica— como hijos.

Cuando escribió Martí al General Máximo Gómez en 1882, le decía entre otras cosas, “. . . aunque joven, llevo muchos años de padecer y meditar en las cosas de mi patria” y todavía faltaban en ese entonces, once años para el desembarco. Hoy también muchos hijos de Cuba pueden expresar lo mismo: porque aunque están jóvenes, llevan ya años de padecer y meditar en las cosas de su patria.

En la invitación que ha sido cursada al Gobierno de mi patria se habla de la libertad de Cuba y de la batalla de América. Y ya Martí expresaba a este respecto, en su larga y paciente labor en pro de su patria: “Sólo aspiro a que formando un cuerpo visible y apretado aparezcan unidos por un mismo deseo grave y juicioso de dar a Cuba libertad verdadera y durable todos aquellos hombres abnegados y fuertes, capaces de reprimir su impaciencia. . .” Y cuando pensaba Martí en que más ayuda

y más comprensión era necesaria de parte de los pueblos americanos, decía: "Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América..."

Se expresa hoy a los pueblos amigos que Cuba democrática y libre necesita su aliento, su estímulo, y Martí en su hora expresaba con toda fuerza, "a quien me la ama —a Cuba—, le digo con un gran grito: ¡Hermano! Y no tengo más hermanos que los que me la aman".

Y cuando se nos habla del probado espíritu de sacrificio de los cubanos en la lucha por la libertad de su país, aparece de nuevo el cotejo con el pensamiento de Martí: "La humanidad no se redime sino por cierta cantidad de sufrimiento y cuando unos la esquivan, es preciso que otros la acumulen, para que así se salven todos". Y con más vigor todavía, expresó: "En la cruz murió el hombre en un día: pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días".

Lo que está en el fondo de estos dolores en juego es el respeto a la dignidad humana, al decoro que debemos a todo ser humano por su condición de persona, por su naturaleza irreiterable, única, por el significado de su destino en el contexto de nuestra cultura occidental cristiana. Y aquí, también, el señero pensamiento de Martí nos alumbró la comprensión de las responsabilidades, cuando dice: "En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz, cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres". Y demandaba, por ello, en las acciones inminentes que iban a efectuar los patriotas cubanos: "que no quede el decoro de un solo hombre lastimado, ni el sacrificio parezca inútil a un solo cubano". Y más todavía, exigía a quienes por su propia dignidad tenían que fomentar y dirigir la guerra de liberación de su país, que declarasen "ante la patria su limpieza de odio, su indulgencia fraternal respecto al decoro fraternal para con los cubanos tímidos o equivocados, su radical respeto al decoro del hombre... y su terminante voluntad... de ser piadosa con el arrepentimiento e inflexible sólo con el vicio, el crimen y la inhumanidad".

Hoy que se espera la culminación definitiva de la unión patriótica de los cubanos en el exilio, es oportuno citar el pensamiento de Martí en que se traduce la faena larga de aunar voluntades, cuando expresó estos pensamientos: "La guerra de Cuba es realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos". Pensaba, además, que el movimiento que habían creado "desea plena libertad en el espíritu, sin las trabas que antes le opuso... la suspicacia de una juventud celosa de su republicanismo, o los celos y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor..." Y sus palabras para lograr la unión estrecha de todos en pro de la causa común, siguen teniendo vigencia. Cuando hubo que hablar de la guerra en Cuba, dijo Martí que ésta ha de ser: "El producto disciplinado de la reunión de hombres enteros que en el reposo de la experiencia se han decidido a encarar otra vez los peligros que conocen, y de la congregación cordial de los cubanos del más diverso origen, convencidos de que en la conquista de la libertad se adquieren mejor que en el abyecto abatimiento las virtudes necesarias para mantenerla". Y mucho tiempo antes de tener la oportunidad de ir a luchar en el mismo suelo cubano, ya expresaba Martí: "El país vuelve aún los ojos confiados a aquel grupo escaso de hombres que han merecido sus respetos y asombro por su lealtad y valor: importa mucho que el país vea, juntos, sensatos ahorradores de sangre inútil, y prevedores de los problemas venideros, a los que intentan sacarlo de su quicio, y ponerlo sobre quicio nuevo".

Es conmovedor, asimismo, el modo con que Martí da valor para enfrentarse al cumplimiento de los deberes patrióticos, en tesituras como ésta en que se encuentra

el pueblo cubano. Recuérdese su pensamiento: "Para quien conoció la dicha de pelear por el honor de su país, no hay muerte mayor que estar en pie mientras dura la vergüenza patria". Y cuando tuvo que exaltar el valor de la mujer, lo hizo con elevada elocuencia: "porque —decía— ante las mujeres americanas se puede hablar, sin miedo, de la libertad. Mujer fue aquella hija de Juan de Mena, la brava paraguaya que, al saber que a su paisano Antequera lo ahorcaban por criollo, se quitó el luto del marido que vestía y se puso de gala, porque —juzgaba ella—, "es día de celebrar aquél en que un hombre bueno muere gloriosamente por su patria" y también narró Martí: "...mujer la de Arismendi, pura cual la mejor perla de la Margarita, que a quien la pasea presa por el terrado de donde la pueda ver el esposo sitiador, dice, mientras el esposo riega de metralla la puerta del fuerte: Jamás lograréis de mí que le aconseje faltar a sus deberes". Como expresó Martí hablando de la madre de Maceo: "Fáciles son los héroes, con tales mujeres". Y recuérdese el final de la nota de despedida a su madre, cercano el día de embarcar: "Usted se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nací de usted con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil... Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza".

Manifiesto con satisfacción que el Gobierno de mi país, presidido por el señor Presidente don José Joaquín Trejos Fernández, se une en cordial solidaridad con el pueblo cubano libre en esta patriótica celebración del 114 aniversario del nacimiento de Martí, a la vez que expresa su hondo anhelo de que, superados los obstáculos, lograda la más estrecha unión de los cubanos en el exilio y vencidos los intereses internacionales enrevesados, no siempre de buena ley, que impiden acciones claras y tajantes de quienes por tener más poder podrían actuar con más valor y expedición, llegue, sin embargo, muy pronto el día en que cada patriota cubano pueda experimentar una gloria semejante a la que sintió José Martí cuando escribió el 15 de abril de 1895, pocos días después del desembarco en Cuba y un mes y cuatro días antes de dar su vida: "...en Cuba libre les escribo, al romper el sol del 15 de abril... en una vega de los montes de Baracoa... en una tabla de palma, sobre cuatro horquetas, me he venido a escribir... Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado y arrastrando la cadena de mi patria, toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo; este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio". Ojalá en la reunión de Presidentes de América, se den pautas firmes para apoyar a los cubanos en su lucha.

Termino estas palabras presentando mis respetos a todos los presentes, pidiendo a Dios que guíe a los dirigentes de esta causa cubana tan llena de dignidad y deseando que pronto pueda cumplirse un paralelismo más entre lo que los desterrados cubanos han de hacer y lo que hacía Martí, cuando expresó en Montecristi, el primero de abril de 1895: "De Cuba ¿qué no habré escrito?, y ni una página, me parece digna de ella; sólo lo que vamos a hacer me parece digno".